

¡Muestra que eres Madre! *Monstra te esse Matrem*

Carta pastoral, septiembre de 2022

Mons. Juan Antonio Reig Pla

Obispo emérito de Alcalá de Henares (España).

1. Introducción

En la fiesta de la Candelaria, la Purificación de la Virgen, de 1996, se me comunicó que el Papa Juan Pablo II me había elegido como obispo de la diócesis de Segorbe-Castellón. Tenía 48 años y estaba inmerso en una multitud de actividades docentes y pastorales que ocupaban mi mente y mi tiempo. Siempre, pensaba, me faltaba tiempo para perfeccionar mis acciones y proyectos. En medio de esta vorágine de trabajos acumulados, en el comienzo del mes de febrero, me llegó a través de Nunciatura la decisión del Papa de la familia.

Ocupado en tantas iniciativas, referidas a la pastoral familiar y de la vida, recién comenzado el *Pontificio Instituto Juan Pablo II* para estudios sobre el matrimonio y la familia en Valencia, estando entusiasmado con las iniciativas del Santo Padre, no podía rehusar su decisión aunque, además de la sorpresa, me sentía pequeño y abrumado ante la tarea que se me confiaba. Ya en la misma Nunciatura de Madrid solicité, antes de responder a la solicitud del Papa, ir a la capilla y encomendar mi respuesta a la intercesión de la Virgen y decirle: ¡Madre, en ti confío!

De regreso a Valencia, me dediqué a dejar ordenadas mis tareas y a concluir, en lo posible, los trabajos emprendidos. Mientras tanto me solicitaban que diera a conocer mi lema episcopal para preparar el escudo, confeccionar el báculo y editar los subsidios litúrgicos para la consagración episcopal en la Catedral de Segorbe. Recuerdo que busqué en los salmos y en los evangelios y cartas apostólicas alguna referencia breve a la familia o a la dignidad de la vida humana. Mientras tanto, en mi interior, como un susurro, aparecía una llamada a nombrar a la Virgen María y su influencia en mi vida cristiana y sacerdotal.

Yo soy de un pueblo, Cocentaina, que se honra de tener a la Virgen María como patrona. La tenemos representada en un icono

bizantino bellísimo que lleva escrito el siguiente título: *Mare de Deu* (Madre de Dios). En el rostro de la Virgen, en 1520, mientras celebraba la santa Misa, el sacerdote Mossen Onofre observó que aparecían como gotas de sudor que se derramaban copiosamente. Finalizada la santa Misa y avisados los testigos y notarios pertinentes constataron que de los ojos de la Virgen se desprendieron hasta veintisiete lágrimas de sangre. Fue un 19 de abril y en mi pueblo conservamos tanto el icono como las actas notariales que dan fe de este hecho prodigioso.

En respuesta a este acontecimiento se edificó el Santuario de la Virgen del Milagro, que custodia una comunidad de Hermanas Clarisas y que es el centro neurálgico de la fe de los cristianos de Cocentaina. Es costumbre en mi pueblo visitar diariamente el Santuario y confiar a la Madre las preocupaciones y tareas del día. En esa misma tradición fui educado y por ello siempre la figura de la Virgen me ha acompañado durante toda mi vida y a ella he confiado siempre mi ser y mi vida. Es más, como tardé en venir a este mundo, mi madre y mi padre, que procedían de familias numerosas, al poco de nacer me presentaron a la Virgen, la *Mare de Deu* y me consagraron a ella. Con el tiempo he comprendido la importancia de introducir a los niños con signos y gestos en la tradición cristiana y católica. Estos gestos y símbolos son como huellas que se graban en el alma y garantizan la seguridad de la fe y la pertenencia a la Iglesia, el pueblo de Dios que peregrina rumbo al cielo.

Entre las ocupaciones y las prisas de última hora, me exigieron con urgencia que dijera el lema episcopal y los signos que se hacían presentes en el escudo del nuevo obispo. Ante la urgencia, me acuerdo que me vino de manera espontánea a la mente uno de los versículos del canto bellísimo que cantamos en el Seminario: *Ave maris stella* (Salve, estrella del mar). Se trata de un himno a la Virgen del siglo IX. En una de las estrofas dice: *Monstra te esse Matrem* (Muestra que eres Madre). Con esta expresión vinieron a mi mente todos los acontecimientos de mi vida y mi confianza en la Virgen, algo que aprendí desde niño.

Con este lema inicié el ministerio episcopal y hoy, tras más de veinticinco años, puedo decir que fue la mejor de las elecciones, pues siempre me he sentido acompañado por la Virgen María y nunca he quedado defraudado. Con ella comienzo los días y con ella los acabo y siempre he experimentado la seguridad de quien nos acompaña como Madre y nos asiste en todas nuestras necesidades personales y también como pueblo. Así dice el salmista: «Como un niño en brazos de su madre» (*Sal* 130).

Ahora, a punto de finalizar el ejercicio del ministerio episcopal como titular de la Diócesis Complutense, no puedo menos que,

volviendo al amor primero (Ap 2,4), proponeros, queridos sacerdotes, religiosos y fieles de la Diócesis de Alcalá de Henares, seguir a María como el camino más seguro y más llano para ser fieles discípulos de Cristo y de la Iglesia. María, lo digo con convicción, es desde el testamento de Cristo en la cruz (Jn 19,26-27), la Madre que allana todos los senderos como dice el mismo himno *Ave Maris Stella: Iter para tutum* (prepara el camino seguro).

Al tener que indicar los signos para el escudo episcopal, unido a la maternidad de María, quise destacar también la maternidad de la Iglesia porque ambas han encaminado mi vida y de las dos he experimentado su maternidad. En la parte izquierda del escudo quise simbolizar cómo la Iglesia madre nos engendra como hijos de Dios a través de la iniciación cristiana mediante el Bautismo. Por eso aparece sobre las aguas bautismales el signo de la cruz, de donde se desprende como de un manantial la gracia redentora de los sacramentos de la iniciación cristiana que culminan con la Eucaristía. Esta está representada en el centro del escudo con el pan y el cáliz, acompañado por dos llamas de fuego sobre fondo blanco y rojo, tal como están en el escudo de San Juan de Ribera, en cuyo colegio de Valencia concluí mis estudios teológicos.

Lo primero que uno recibe para ser cristiano es el anuncio de Jesucristo que culmina con la fe y la incorporación a la Iglesia, cuerpo de Cristo, por medio del Bautismo. Sin embargo, en el origen de la obra redentora está la venida del Salvador (Encarnación) en la plenitud del tiempo, nacido de mujer, nacido bajo la ley (Gal 4,4). Por eso, en el lado derecho del escudo episcopal se representa al Espíritu Santo en forma de paloma (Mt 3,16) con los siete rayos que evocan la plenitud del Espíritu sobre el anagrama de María (Lc 1,35). María concibió por obra del Espíritu Santo y es la Madre virginal que acompaña el peregrinar de la Iglesia.

Con estos datos introductorios, referidos al comienzo de mi episcopado, os invito a comenzar este curso profundizando en lo que significa la maternidad de María y de la Iglesia en orden a mejorar la obra de la evangelización y el cuidado pastoral de nuestra querida diócesis. A ella le pedimos, repitiendo mi lema episcopal, que se muestre como Madre: *Monstra te esse Matrem!*

2. María en el misterio de Cristo

la clave con la que el *Catecismo de la Iglesia* nos enseña a comprender el misterio de María, Virgen y Madre, está contenida en estas palabras: «Lo que la fe católica cree acerca de María se funda en lo que cree acerca de Cristo, pero lo que enseña sobre María

ilumina a su vez la fe en Cristo»¹. Así pues toda la doctrina sobre María está construida en referencia a Cristo con una doble dirección: todo lo que la Iglesia cree sobre María, lo cree como “consecuencia” de lo que cree de Jesucristo, pero María conduce a una fe más profunda en Cristo.

A la Virgen María hay que contemplarla, pues, siempre en su relación con Cristo-Señor. Ahora bien, ¿qué es lo que constituye en verdad esta relación? Su relación con Cristo arranca fundamentalmente de su *maternidad*. Ella es la madre de Jesucristo, el Hijo unigénito del Padre hecho hombre. Por tanto, hemos de comenzar nuestra reflexión desde la afirmación central del credo de nuestra fe: «El cual fue concebido por obra del Espíritu Santo y nació de María virgen».

a. *María, Madre de Dios*

El título de Madre de Dios fue proclamado solemnemente en el Concilio ecuménico de Éfeso (431). Esta proclamación hemos de analizarla según la clave anunciada anteriormente en relación con Cristo.

Desde el inicio de la Iglesia, María es conocida como «la Madre de Jesús» (*Jn* 2,1; 19,23; cf. *Mt* 13,55, etc.) y a su vez es aclamada bajo el impulso del Espíritu Santo como «la Madre de mi Señor» desde antes del nacimiento de su hijo (*Lc* 1,43). En efecto, como enseña el *Catecismo*: «Aquel que ella concibió como hombre, por obra del Espíritu Santo, y que se ha hecho verdaderamente su Hijo según la carne, no es otro que el Verbo eterno del Padre, la segunda persona de la Santísima Trinidad. La Iglesia confiesa que María es verdaderamente Madre de Dios (*Theotokos*)»². En definitiva, proclamar a María como Madre de Dios significa proclamar que Jesús de Nazaret y el Verbo Unigénito de Dios no son dos personas sino una sola e idéntica persona.

Para introducimos en este misterio resulta esclarecedor considerar la parte de los esposos en la generación ordinaria. En la concepción de toda persona se da la simultánea cooperación del acto generador cumplido por los esposos con el acto creador cumplido por Dios. El primero tiene como resultado (biológicamente) un cuerpo humano; el segundo crea un espíritu inmortal que forma e informa el cuerpo. Como resultado de esta unión viene a la existencia una nueva persona humana, de la cual Dios es el único *creador* y los esposos son los progenitores.

¹ CIC, n. 487.

² DS, n. 251; CIC, n. 495.

Penetrando ahora en el misterio de la concepción de Jesús hemos de decir que no hubo ninguna intervención de ningún hombre. María generó (biológicamente) el cuerpo humano en el cual Dios infunde, en el mismo instante, el alma (humana) creada: de la unión del cuerpo engendrado por María y del alma creada por Dios se constituye una naturaleza humana concreta individual. Pero en el mismo momento en el que esta naturaleza comienza a ser, es asumida por la Persona del Verbo: es la misma Persona del Verbo quien la asume como su propia naturaleza. Esto es lo que significan las palabras: «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros».

Como conclusión, podemos decir que María es la Madre, verdadera y propia, de este nuevo miembro de la raza humana, de este hombre nuevo nacido en el mundo. Ella es la Madre del Verbo, ya que este hombre nuevo no es otro que el Verbo. En la naturaleza humana Él ha sido engendrado por María. Por Ella ha sido generado en nuestra humanidad histórica, se ha insertado en la historia, en el tiempo; por ella el Verbo hecho carne es uno de nosotros.

La relación de maternidad entre el Verbo hecho carne y María es una relación única, singular, de la persona de María con la persona del Verbo, en su distinción de las dos otras personas divinas, ya que solo el Verbo se ha encarnado. Por esta relación María ha alcanzado una dignidad única. Toda maternidad es constituida por una relación interpersonal rica de conocimiento, amor, afecto, donación, confianza recíproca: esto es natural. Por eso hemos de pensar que todo esto estuvo presente en la relación entre Cristo y María. Pero en el caso de María se trata de un hijo que es Dios. Por ello esta maternidad está *llena de gracia* (Lc 1,28) y de santidad.

La gracia es ante todo el amor mismo eterno con el que el Padre ama a la criatura humana: de esta fuente brotan todos los dones que divinizan la persona humana en Cristo. Habiendo el Padre decidido enviar al Verbo en nuestra humanidad, en el mismo acto ha querido simultáneamente que fuese su Madre: por eso Ella ha sido enriquecida con la más alta santidad.

b. La Virginitad de María

Estrechamente unida al misterio de la divina maternidad está la fe en la virginitad de María. Maternidad y virginitad están de tal modo conectadas, que sería necesario hablar siempre de la maternidad virginal de María. Se trata, en efecto, de una virginitad real y perpetua.

Real, porque va referida verdaderamente a la entera persona de María, también a su cuerpo. Perpetua, es decir antes del parto de Jesús, durante el parto y después del parto.

Antes del parto: Jesús ha sido concebido en el cuerpo de María, sin intervención de hombre, por obra del Espíritu Santo. Dios milagrosamente ha hecho que la acción generadora de María, incapaz por su naturaleza (como en el caso de cualquier mujer) de dar origen por sí sola a un nuevo individuo humano, concibiera en cambio por sí sola el nuevo organismo humano, excluyendo cualquier intervención de parte de un hombre.

Durante el parto: Jesús ha sido dado a luz milagrosamente, sin producir en el cuerpo de María lo que inevitablemente el parto produce en el cuerpo de cualquier mujer.

Después el parto: María no tuvo ninguna relación sexual, ni otros partos después de Jesús.

Es muy importante que captemos bien el significado profundo del don de la virginidad hecho por el Señor a María. Este significado se alcanza respondiendo a la siguiente pregunta: ¿por qué Cristo ha querido nacer de una virgen? Porque Él inaugura la nueva humanidad, la nueva creación. Porque Él inaugura con su concepción nuestro nuevo nacimiento como hijos de Dios.

Pero debemos hacernos una segunda pregunta: ¿qué significado tuvo para María haber consentido a esta llamada a la virginidad? La maternidad de María, por ser enteramente verdadera, comportaba una entrega total suya al Verbo encarnado: la virginidad es el signo y el efecto de esta entrega total.

De lo que acabamos de decir se puede llegar a la conclusión de que, en la doctrina de la fe y en nuestra experiencia cristiana, María no es una figura marginal: *no se puede, en efecto, ser cristiano sin ser mariano.*

En el origen de todo está la inescrutable decisión del Padre de comunicar su vida divina al hombre, en el Hijo mediante el don del Espíritu Santo (predestinación de Cristo: *Ef 1,5*). La realización de esta decisión es la encarnación del Verbo, el Verbo encarnado, en el cual todo subsiste y a imagen del cual cada uno de nosotros ha sido creado (*Col 1,15-17*).

En la misma decisión de enviar a su Hijo, está incluida la persona de María como predestinada a engendrar en la naturaleza humana al Verbo-Unigénito Dios. La experiencia de fe de la Iglesia ha profundizado progresivamente el misterio de Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Dependiendo de este progresivo descubrimiento, la Iglesia vive también el progresivo descubrimiento del misterio de María dentro del misterio del Verbo encarnado: un descubrimiento que tuvo su "piedra miliar" en la definición dogmática de la divina y virginal maternidad de María.

En vista de esta singular misión, el Padre la preservó del pecado original, la colmó de la abundancia de dones de gracia («llena de gracia» *Lc 1,28*) y, en su designio salvífico «quiso que precediera a la encarnación la aceptación de parte de la madre predestinada, para que así como la mujer contribuyó a la muerte así también contribuyera a la vida»³.

En virtud de este consenso, Ella, «plasmada por el Espíritu Santo»⁴, se consagró totalmente a sí misma a la obra y a la persona de su Hijo, presentándolo al Padre en el templo (*Lc 2,23*) y sufriendo con fe al pie de la cruz (*Jn 19,25*). María, sirviendo bajo Él y con Él, sirvió al misterio de nuestra redención, participando en el misterio de la resurrección de Cristo de modo único y siendo asunta en cuerpo y alma en la Gloria, apenas terminado el curso de su vida⁵.

3. María, Madre nuestra

El Concilio Vaticano II nos enseña, en su Constitución dogmática sobre la Iglesia, que

la Santísima Virgen, predestinada desde toda la eternidad como Madre de Dios juntamente con la encarnación del Verbo, por disposición de la divina Providencia, fue en la tierra la Madre excelsa del divino Redentor [...] concibiendo a Cristo, engendrándolo [...] padeciendo con su Hijo cuando moría en la Cruz, cooperó en forma enteramente singular a la obra del Salvador con la obediencia, la fe, la esperanza y la ardiente caridad con el fin de restaurar la vida sobrenatural de las almas. Por eso *es nuestra madre en el orden de la gracia* ⁶.

Siendo, pues, nuestra «madre en el orden de la gracia», es necesario que profundicemos en la comprensión de esta conexión que “vincula” a María con nosotros y que es la base de la confianza que debemos tener en Ella.

a. Mujer, ahí tienes a tu hijo

Leemos en el evangelio de San Juan: «Estaban en pie junto a la cruz de Jesús su madre, María de Cleofás, hermana de su madre, y María Magdalena. Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo preferido, dijo a su madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. Luego dijo al discípulo: “Ahí tienes a tu madre”» (*Jn 19,25-27*).

³ CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen gentium* (21 de noviembre de 1964), n. 56.

⁴ CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, n.56.

⁵ CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, n.59.

⁶ CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, n. 61.

Es precisamente en el calvario, en el momento de la muerte de Cristo, cuando Él constituye y manifiesta la maternidad de María en relación a nosotros. ¿Por qué propiamente lo hace en este momento?

La respuesta es clara: es precisamente en el acto de ofrecimiento de sí mismo que Cristo cumple en la cruz cuando nosotros hemos sido salvados: hemos pasado de la muerte a la vida. Así lo dice la *Carta a los Hebreos*: «Porque por una ofrenda única ha hecho perfectos para siempre a aquellos que santifica» (*Hb* 10,14). Toda gracia nos viene exclusivamente del sacrificio de Cristo como del acto que nos ha merecido todo don: «La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular» (*Mt* 21,42). Porque «no hay salvación en ningún otro, pues no se nos ha dado a los hombres ningún otro nombre debajo del cielo para salvarnos» (*Hch* 4,12).

Es en virtud de la *centralidad* del sacrificio de la cruz que la celebración eucarística, sacramento de aquel sacrificio, representa la fuente y el culmen de toda nuestra vida⁷. Y, por tanto, del sacrificio de la cruz, eucarísticamente siempre presente en la Iglesia, proviene el que nosotros seamos generados de nuevo: «Antes erais tinieblas, ahora sois luz en el Señor» (*Ef* 5,8).

El hecho de que Cristo en su sacrificio sobre la cruz sea la única causa de nuestra generación a la vida divina, no significa necesariamente que Él no haya querido asociar a nadie en esta obra admirable. Todo lo contrario: una de las características constantes de la Providencia divina, del modo como el Señor gobierna todas las cosas, es la de llamar también a criaturas humanas a cooperar en su gobierno providente. Un ejemplo que pone en evidencia lo que estoy diciendo es la creación de una nueva persona humana. Dios Padre no ha querido cumplir este acto sin la cooperación de sus criaturas humanas: Él da origen a una nueva persona a través de la cooperación de los esposos.

También esto ocurre en el acto divino de nuestra regeneración a la vida divina. Cristo ha querido que cooperase también la Virgen María: «Por esto Ella ha llegado a ser nuestra madre en el orden de la gracia»⁸. ¿En qué modo ha cooperado la Virgen María? Para explicar este misterio podemos tomar el ejemplo de la maternidad en el orden natural.

La maternidad en el orden de la naturaleza se realiza en tres momentos fundamentales; la concepción, el parto, la educación. María es nuestra Madre en el orden de la gracia porque nos ha concebido en el misterio de la Encarnación, nos ha dado a luz en

⁷ CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, n. 11.

⁸ CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, n. 61.

el suplicio de su estar al pie de la cruz y nos educa porque «Asunta al cielo [...] con su intercesión continúa a obtenernos las gracias de la salvación eterna»⁹.

María *nos ha concebido* en el misterio de la Encarnación. El Verbo, en efecto, se ha hecho carne en Ella como el «Primogénito de muchos hermanos» (Rm 8,9), cabeza de la humanidad renovada superando la herencia del viejo Adán. María, por tanto, concibiendo al Verbo en nuestra naturaleza, es Madre de la nueva humanidad. Dice San León Magno: «Mientras adoramos el nacimiento de nuestro Salvador, celebramos también nuestro nacimiento, porque el nacimiento de Cristo señala el origen del pueblo cristiano, la nati- vidad de la cabeza y la natividad del cuerpo»¹⁰. Cada uno de nosotros, como hijo en el Hijo, ha tenido su origen en el seno de María.

María *nos ha dado a luz* en el misterio del calvario. La compasión de María con la pasión del Hijo es su cooperación en nuestra generación de hijos de Dios.

María continúa *educándonos* en la vida de fe, porque a través de su continua intercesión nos obtiene la gracia que nos transforma en Cristo. Podemos por tanto decir que María es nuestra Madre en el orden de la gracia, Madre de cada uno de nosotros.

b. Ahí tienes a tu madre

La manifestación de María exige que nos consideremos sus hijos: «Ahí tienes a tu Madre», dice Jesús. Y el evangelio continúa: «y desde aquel momento el discípulo la recibió en su casa».

¿Qué significa realizar en nuestra vida una relación de filiación respecto de María? Ciertamente, cada uno de nosotros tiene su modo propio de vivir esta relación. Es el misterio de cada persona. Sin embargo, la Iglesia enseña que nuestra filiación mariana debe tener algunas actitudes fundamentales.

La veneración llena de afecto que hemos de manifestar de manera singular en relación con su persona. Esta veneración se expresa en primer lugar *en el culto* de la Iglesia y después en nuestra *devoción* privada: esta debe enraizarse siempre en el culto, siguiendo siempre la doctrina de la Iglesia.

La *confianza* total que debemos tener en Ella, sobre todo cuando estamos ante dificultades particulares: una confianza que se expresa en la oración constante y humilde.

La *acogida* a su obra educativa: «Se progresa más en poco tiempo de sumisión y dependencia de María que durante años de ini-

⁹ CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, n. 62.1.

¹⁰ LEÓN MAGNO, *Sermón de Navidad*, 6,2: PL, 54,213.

ciativas personales, apoyados en nosotros mismos»¹¹. Introducir a María en la casa de nuestra vida para que tenga una dimensión mariana es el modo de que esta sea fuertemente cristiana.

4. Algunas conclusiones para vida cristiana

hemos anunciado la clave para captar el misterio de María (su referencia a Cristo) y hemos profundizado en su maternidad virginal respecto a Dios (Madre de Dios) y su relación con nosotros (Madre nuestra). De todo ello se derivan muchas conclusiones de las cuales os invito a considerar algunas.

a. *María concibió a su Hijo desde la fe*

El modo de entrar María en el designio salvífico está descrito en el relato de la Anunciación (Lc 1,26-37). Ella ha sido elegida por Dios "llena de gracia" y responde desde la fe con total disponibilidad: «Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38). Es Dios quien lleva la iniciativa y es Dios quien, mediante el anuncio del ángel, realiza la llamada para ser Madre del Verbo.

María ha puesto de manifiesto su virginidad al decir que no conoce varón. La concepción por obra del Espíritu Santo pone en evidencia que para Dios «no hay nada imposible» y que quien viene es el Hijo de Dios que toma carne de sus entrañas purísimas: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el niño que nazca será Santo y se llamará Hijo de Dios» (Lc 1,35).

La sombra que cubre a María evoca la nube que descendía sobre la tienda del Encuentro, donde estaba colocada el Arca de la Antigua Alianza (Ex 33,9). A María la llamamos Arca de la Nueva Alianza porque contuvo en su seno al Hijo de Dios, al Emmanuel: Dios con nosotros.

La fe en un mundo secularizado

En estos momentos en que la secularización ha hecho estragos en la sociedad y en la Iglesia, conviene recordar que Dios es fiel a la alianza que ha sellado con la sangre de su Hijo. Que no estamos solos, porque su sacrificio que nos redime está presente en la eucaristía, que nuestra respuesta no puede ser otra que la misma fe con la que María acogió al Redentor.

La crisis que estamos sufriendo en España y en occidente no es simplemente una crisis política o social. No vivimos una simple

¹¹ LUIS GRIGNON DE MONTFORT, *Tratado de verdadera devoción a la Santísima Virgen*, n. 15.

crisis moral. Todo esto ocurre, pero nuestra enfermedad es más grave: sufrimos una crisis de fe que nos impide ver la acción de Dios en nuestra historia. Por eso, la respuesta a esta situación no es otra que María, la virgen creyente que responde con docilidad extrema a la iniciativa de Dios.

María, tipo de la Iglesia

Si no queremos convertirnos en una organización humana como tantas otras, que responden a los problemas sociales con sus propias capacidades, hemos de mirarnos en el espejo de María. La respuesta al misterio del hombre y a su deseo de infinito no está en las fuerzas humanas. Estas, bien encauzadas, tan solo pueden ser camino para encontrarnos con la verdadera salvación que viene de Dios. La Iglesia, como María, solo puede hacer presente a Cristo en la potencia de su resurrección siendo virginal. La Iglesia es Madre y nos engendra como hijos de Dios en el bautismo acogiendo como María el don del Espíritu Santo. El sacramento del Bautismo, como el resto de los sacramentos, es una acción salvífica que nos introduce en la nueva creación por obra de la gracia, por la acción del Espíritu Santo que nos borra el pecado de origen, nos reviste de Cristo y nos hace miembros de su cuerpo, la Iglesia. Recuperar la fe, el carácter salvífico de los sacramentos, es toda la tarea de la "nueva evangelización" que descansa en una lúcida "iniciación cristiana". Esta tiene como meta llevarnos al encuentro de Cristo para vivir de Él, para formar parte de su comunidad y alimentarnos con su Palabra y con los sacramentos, signos eficaces de salvación.

Como María, la Iglesia vive de la fe, de la Palabra de Dios y de la vida de Cristo (que mana de los sacramentos). Como ella necesitamos acoger de nuevo la sombra del Espíritu Santo, para que fecunde las entrañas virginales de la Iglesia, de tal manera que pueda dar a luz a Cristo y dar frutos de santidad.

b. No tienen vino

María, como la sabiduría de los santos en la Iglesia, sabe que sin Cristo no hay salvación, que no es posible participar en el banquete nupcial de la definitiva alianza: «Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo» (Ez 36,28). En las bodas de Caná se manifiesta la condición materna de María que sale al paso de la situación que viven los nuevos esposos, porque se ha acabado el vino y con ello se ha acabado la fiesta.

Con este lenguaje simbólico el evangelista san Juan expresa la necesidad de la redención del corazón para alcanzar la plenitud del amor humano. El agua de los rituales de los judíos, expresión de

las capacidades humanas, no es suficiente para la redención. Es necesario que el agua se convierta en vino (anticipación de la sangre de Cristo) para que el propósito de los esposos de un amor para siempre se haga posible.

A nosotros nos interesa destacar la decisión de María quien, a pesar de la respuesta de su Hijo –no ha llegado mi hora–, permanece en su determinación de cooperar con la salvación y arrancar de Jesús su primer milagro. La dirección de sus palabras es muy clara: «Haced lo que Él os diga». María conoce la necesidad y no duda de que *la respuesta es Cristo*. El cambio del agua en vino apunta a la hora de la cruz, en la que con el agua y la sangre que manan del costado de Cristo llegará la salvación que ahora continúa con el Bautismo y la Eucaristía, con la acción de la Iglesia que comunica la salvación lograda por Cristo.

Recurrir a María

En estos momentos, también nosotros hemos de recurrir a María para que, viendo nuestra situación, la situación de la Iglesia, interceda ante su Hijo con las mismas palabras: ¡No tienen vino! En nuestro caso, la ausencia del vino es provocada por la crisis de fe y por habernos apartado del manantial de la vida. Por eso, junto al anuncio cristiano, necesitamos la conversión del corazón para seguir de nuevo las indicaciones de Cristo: ¡Haced lo que Él os diga! También nosotros necesitamos escuchar como Ella las palabras del ángel: «No temas [...] porque para Dios no hay nada imposible» (Lc 1,10.37), y las indicaciones de Cristo: «Llenad de agua las tinajas. Y las llenaron *hasta arriba*» (Jn 2,7). Con esta expresión, “hasta arriba”, se nos indica que la redención llevada a cabo por Cristo con su sangre es copiosa y la voluntad salvífica de Dios es universal. Así lo expresa san Pablo: «Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1Tim 2,4).

La respuesta es María

Así pues, la respuesta a nuestra situación es María. De nuevo hemos de ser conscientes de que donde Ella se hace presente de nuevo es posible la fiesta. No es posible la fiesta, el deseo de infinito cumplido, donde no hay apertura a la divinidad, donde no se hace presente Cristo, el vencedor del pecado y de la muerte. Él nos trae la alegría de la salvación. Las “fiestas” de este mundo acaban siendo como las “fiestas de los locos” que buscan la exaltación de las emociones y no tienen más horizonte que la muerte. La alegría brota de la resurrección, de saber que la muerte ha sido vencida para siempre y nos abre a un horizonte de eternidad.

Adonde apunta el vino de las bodas de Caná es hacia el banquete definitivo anunciado por el profeta Isaías: «El Señor todopoderoso preparará para todos los pueblos en este monte un festín de manjares suculentos, un festín de vinos exquisitos [...] Arrancará de este monte el velo que cubre a todos los pueblos, a todas las naciones. Destruirá para siempre la muerte y enjugará las lágrimas de todos los rostros» (Is 25,6-8).

Como los primeros cristianos

La Iglesia, disminuida y pequeña como la conocemos hoy, tiene una gran responsabilidad: anunciar, como los primeros cristianos, la resurrección de Cristo, la victoria definitiva sobre la muerte y crear como ellos pequeñas comunidades, un hábitat posible para la fe en medio de una sociedad postcristiana. Nuestras familias cristianas han de ser conscientes de que necesitan el calor de la comunidad pequeña donde escuchar la Palabra de Dios, participar conscientemente de la Eucaristía y aprender el servicio en el amor compartiendo los bienes. Este es el camino que los primeros cristianos recorrieron y que nosotros hemos de redescubrir.

Ante una sociedad planificada globalmente, ante procesos de ingeniería social que han provocado la soledad del individualismo y la decadencia del relativismo moral, cuyo único imperativo es "goza", la Iglesia ha de presentarse con mansedumbre y humildad como la casa donde se puede vivir. Nuestro programa es la pobreza de Belén, la modestia de Nazaret y la locura de la cruz donde ante la violencia venció el amor.

Catecumenado

Caminar a la intemperie o vivir simplemente de las tradiciones que no cambian el corazón ya no resulta suficiente. La "nueva evangelización" necesita del *Catecumenado*, de un proceso de iniciación cristiana que provoque el cambio de mentalidad y de la vida, que lleve al encuentro de Cristo y desemboque en la comunidad de discípulos como la descrita en los Hechos de los Apóstoles: «Eran constantes en escuchar la enseñanza de los apóstoles, en la comunión fraterna, en la fracción del pan y en la oración [...] todos los creyentes vivían unidos y lo tenían todo en común» (Hch 2,42-44).

Renovación de la catequesis

Todo esto requiere un replanteamiento de la catequesis de iniciación cristiana y una profundización en el significado salvífico de la eucaristía y de los demás sacramentos. De la catequesis no hemos de esperar solamente la comunicación de unos conocimientos

sobre las verdades cristianas. El anuncio cristiano reclama la fe, el encuentro personal con Cristo mediante la Iglesia-comunidad. El encuentro con Cristo es real cuando cambia el corazón y se produce por la gracia la conversión, el cambio de vida. Solo así se pueden celebrar fructuosamente los sacramentos que requieren una fe formada como respuesta a la salvación que ofrece Jesucristo en los siete signos eficaces de salvación.

Formación cristiana

Con el encuentro personal con Cristo se requiere la *formación cristiana*. Hoy el analfabetismo religioso es alarmante. De ahí la necesidad de conocer todo el *Catecismo de la Iglesia Católica* para que, con una fe formada, podamos ser testigos de Cristo y cooperar en la renovación de la sociedad. Los católicos no podemos retirarnos a los "cuarteles de invierno". Lo propio de un cristiano es la inmersión en el mundo (sin ser del mundo) para ser como la levadura que transforma la masa (Mt 13,33) o como la sal de la tierra y la luz del mundo (Mt 5,13-14).

Doctrina Social de la Iglesia

No es suficiente el cambio personal, la revitalización de las familias, la renovación de la comunidad cristiana. Todo ello es imprescindible. Sin embargo, hoy es urgente la presencia de los católicos allí donde se edifica la sociedad: el mundo del trabajo, las agrupaciones sociales, los medios de comunicación, las empresas, la política, etc. Hoy es necesario que los católicos se hagan presentes asociadamente en la vida pública con las señas de identidad de la moral social o *Doctrina Social de la Iglesia*. Descuidar la dimensión social del catolicismo no hace justicia a lo que significa el discipulado de Cristo. Así nos lo han recordado, desde León XIII hasta el Papa Francisco, todos los sucesores de Pedro. Ni el individualismo, ni la retirada a los "cuarteles de invierno" son expresión del sentido católico de la vida. Lo cual no significa que no necesitemos los ámbitos propios de la fe en la familia cristiana, en las iniciativas educativas y en la propia comunidad cristiana.

Es desde el seno de la comunidad cristiana, formado el sujeto personal cristiano y las familias cristianas, desde donde uno tiene que ser enviado a dar testimonio de Cristo, ordenar los bienes temporales según el designio de Dios. También en esto nos ha de ayudar contemplar a María como peregrina de la fe y como la mujer fuerte al pie de la cruz.

c. *María al pie de la cruz*

Estando al pie de la cruz María culmina su peregrinación en la fe siguiendo a su Hijo, y su maternidad en la obra de la salvación viene con este acontecimiento constituida y confirmada. María, como Madre del Hijo de Dios, se asocia con su presencia a la cruz redentora donde está muriendo su Hijo y coopera con su sufrimiento y oblación en la obra de nuestra redención.

Sentido del sufrimiento

Mirando de cerca a nuestra sociedad y a la cultura hegemónica que la envuelve, la presencia de María al pie de la cruz es una palabra fuerte que ofrece un sentido nuevo al sufrimiento humano. El sufrimiento, hoy como ayer, es un escándalo, una piedra de tropiezo para una cultura que se ha separado paulatinamente de Dios. En una sociedad utilitarista y hedonista el sufrimiento físico o moral es un sinsentido, algo de lo que hay que huir y rechazar en todos los sentidos. Un Dios clavado en la cruz es algo absurdo y que ninguna persona razonable puede aceptar.

María, en cambio, como mujer fuerte que resiste con paciencia y esperanza ante la cruz, guarda en su corazón un secreto que es una palabra que nuestra cultura debe escuchar. Sufrir, además de ser una expresión del límite de nuestra condición humana que hemos de combatir, puede ser la expresión sublime de un amor que es más fuerte que el sufrimiento y que la muerte.

El sufrimiento de María, asociado al de su Hijo, es un sufrimiento redentor, es la expresión de la victoria del Amor de quien da la vida por sus amigos (*Jn 15,13*). De María podemos decir: nadie tiene amor más grande que quien da en oblación la vida de su Hijo, de aquel que para Ella lo es todo. Esta novedad del cristianismo no hay que confundirla con una voluntad masoquista o estoica, que resiste ante el sufrimiento. Esta es una consecuencia del pecado y hemos de remediarlo con nuestras fuerzas. Pero más allá de la lucha legítima frente al sufrimiento, la fe y la gracia redentora de Cristo nos regalan una luz nueva, la luz del amor, de la compasión, de la misericordia de quien pone el corazón en la miseria humana asociándose como dice san Pablo a los sufrimientos de Cristo: «Ahora me alegro de sufrir por vosotros, y por mi parte completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia» (*Col 1,24*).

María confirma su maternidad estando al pie de la cruz ante su Hijo, el nuevo Adán, cabeza de la humanidad nueva. Ella, como nueva Eva, Madre de los regenerados por Cristo, continúa ejerciendo como madre de todos los que forman el cuerpo de su Hijo. Si

cuando escuchó de Jesús «ahí tienes a tu hijo», refiriéndose a Juan, aprendió a ver en él el rostro de Cristo, del mismo modo ella ve en cada hombre a su propio Hijo. Así podemos también afirmar que cada uno de nosotros es hijo de María y hemos de aprender a verla con el corazón de Jesús: como nuestra Madre.

Madre de misericordia

María, asunta al cielo, continúa ejerciendo como Madre de la misericordia como repetimos al recitar la bella oración: *Salve Regina, mater misericordiae*. María es Madre de misericordia porque ha tenido la compresión más profunda de aquel abismo de misericordia que es el corazón de Dios, habiendo vivido al pie de la cruz una experiencia única e irrepetible. Pero sobre todo María ha vivido el misterio de la muerte y la resurrección de Cristo, y por tanto ha sido penetrada hasta la raíz de su ser de la revelación de la misericordia del Padre.

«Sufriendo profundamente con su Unigénito y asociándose con entrañas de madre a su sacrificio, consintiendo amorosamente en la inmolación de la víctima que ella misma había engendrado» (LG, n. 58), María ha comprendido hasta qué límite se extendía la misericordia del Padre al dar a su Hijo. En su dolor comprendía la “seriedad” de aquella condivisión de la miseria humana a la cual el Hijo de Dios había sido llevado por la compasión hacia el hombre; Ella ha devuelto al hombre a su dignidad. Y todo el “peso” infinito de la misericordia divina, Ella lo ha experimentado en sí misma, porque, en virtud de la resurrección de su Hijo, al término de su vida terrena no ha conocido la corrupción del sepulcro. En su ascensión al cielo, María ha entendido enteramente qué significaba aquella mirada que el Omnipotente había puesto sobre su miseria: ha sido completamente preservada de todo pecado y de la corrupción de la muerte.

María, habiendo experimentado la misericordia de Dios de modo excepcional, es ahora “Madre de misericordia” porque sabe compartir como nadie nuestra miseria: Madre de misericordia porque, *llena de misericordia* hacia toda miseria humana, con su intercesión nos obtiene la gracia que nos salva. Su intercesión es particularmente perseverante «porque se fundó, por parte de la Madre de Dios, sobre su especial aptitud para llegar a todos aquellos que aceptan el amor misericordioso de parte de una Madre. Es este uno de los misterios más grandes y vivificantes del cristianismo, tan íntimamente vinculado con el misterio de la encarnación»¹².

¹² JUAN PABLO II, Carta encíclica *Dives in misericordia* (30 de noviembre de 1980), n. 9.5.

5. Conclusión

Con la explicación de mi lema episcopal “*Monstra te esse Matrem* – Muestra que eres Madre”, referidos a María y a la Iglesia, os invito a comenzar un nuevo curso sintiendo el aliento y la protección de la que es “auxilio de los cristianos”. Recientemente la celebramos como Virgen de la Victoria, recordando su intercesión en la victoria de Lepanto. En este próximo curso el Santo Padre, el Papa Francisco, nos invita a volver la mirada a Fátima con motivo de la *Jornada Mundial de la Juventud*. En ambas ocasiones se nos recuerda la importancia del Rosario con el fin de descubrir este tesoro de oración.

Con toda la Iglesia celebramos el trigésimo aniversario de la promulgación del *Catecismo de la Iglesia Católica*, la base insustituible para la formación cristiana y para sentir con la Iglesia, profesando las verdades de nuestra fe.

Apoyados en María y acogiendo de nuevo el *Catecismo*, continuaremos las tareas iniciadas en la consulta sinodal de nuestra diócesis, creciendo en el anuncio cristiano, en la formación, en la revitalización de nuestras parroquias y movimientos en comunión con la vida consagrada y contando con la ayuda imprescindible de nuestros monasterios.

En nuestro corazón han de estar todos los pobres, enfermos, ancianos y cuantos viven sin el consuelo de la fe y sin el impulso de la esperanza. Que todos ellos puedan encontrar en nosotros, en las Delegaciones episcopales, en Cáritas, el Centro de Orientación familiar, etc., el espíritu de familia y la acogida fraterna para que, como nosotros, puedan descubrir en Cristo y en María la respuesta que necesitan.

XXV años del Seminario

El próximo 18 de octubre se cumplirán veinticinco años de la inauguración del *Seminario Mayor de la Inmaculada y de los Santos Niños Justo y Pastor*. Teniendo en cuenta la juventud de nuestra querida diócesis complutense es un acontecimiento decisivo que ha contribuido a garantizar el presente y el futuro de la evangelización en esta porción del pueblo santo de Dios. A los formadores, a los sacerdotes que os habéis preparado para el ministerio sacerdotal en el Seminario y a los actuales seminaristas va dirigida mi gratitud y todo mi afecto. Todos los fieles de la diócesis nos alegramos de poder celebrar este acontecimiento y a todos os pido la oración y vuestra ayuda para que no nos falten vocaciones a la vida consagrada y sacerdotal.

La Virgen Inmaculada y los santos niños Justo y Pastor son todo un programa para nuestro Seminario. En María han de mirarse nuestros seminaristas para suplicar al Señor la pureza de corazón y aprender de ella la docilidad a la acción de la gracia. Como María, los sacerdotes ponemos nuestra total confianza en el Señor y queremos responder a su llamada con una entrega total de la que el celibato es el signo de un amor sin reservas para ser imágenes del Buen Pastor.

Los santos niños Justo y Pastor, patronos de la diócesis de Alcalá de Henares, son también una llamada a vivir la propia vocación con un carácter martirial. Si toda nuestra diócesis debe tener este carácter, de una manera especial se pide a los seminaristas y sacerdotes aprender de ellos la audacia de la fe y la fortaleza de los mártires para ser signos de la victoria del amor en esta sociedad postcristiana.

Concluyo estas pequeñas reflexiones pidiéndole de nuevo, como al comienzo de mi ministerio episcopal, que se muestre como Madre: *Monstra te esse Matrem!* Que todos podamos contar con su ayuda materna y edificar, con la ayuda de la gracia, una verdadera familia. Que todas nuestras familias, nuestras parroquias y movimientos, que todas las comunidades de vida consagrada, que nuestros seminarios e instituciones de formación sacerdotal, y que todos los fieles de la diócesis encontremos en María la respuesta a nuestra situación y el modo adecuado de ser cristianos en medio del mundo.

A ella nos dirigimos con la oración más antigua que nos ha entregado nuestra tradición: "*Sub tuum praesidium*".

Bajo tu amparo nos acogemos Santa Madre de Dios;
no deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades
antes bien, líbranos siempre de todo peligro, oh virgen gloriosa y
bendita.